

Quien me hizo vengar su ofensa;
Y yo esperé en recompensa
Una palabra de amor.

Leonor.

Recompensa de una triste
A quien le quitais la vida
En aquella misma herida
Que á él abristeis. . . ¡ah! . . . que horror!...
¡Callad, callad!... sois un monstruo
A quien de veras maldigo....
¡Oh! muera yo si os digo
Una palabra de amor.

Fadrique.

¿Con que Leonor, ódio tanto
Os inspiro?... ¡Ah!... sabe el cielo
Que siempre ha sido mi anhelo
Merecer vuestro favor;
Mas si no logré rendido
Interesar vuestro pecho,
Yo alcanzaré, en mi despecho,
Una palabra de amor.

A Dios, sí: sé que mi vista
Os ofende, y que mi acento
Amoroso, es un tormento
Para vos aterrador;
Mas os juro que muy pronto
Me vereis menos humano;

Y oiré, al ser vuestro tirano,
Una palabra de amor.

Y á salir Fadrique

Iba de allí luego,
Cuando entró en la sala
Gallardo un mancebo,
Con el cual venia
Hablando Don Diego,
Las mismas palabras
Que aquí copiar quiero.

Diego.—¿Conque el viage ha sido
Feliz? Lo celebro.

Felix.—Mil gracias.

Diego.— La carta

Que ha un corto momento
Recibí, me impone
Del muy noble objeto
Que os conduce á esta;
Y con fuerte anhelo
Esperaba vuestra
Llegada.

Felix.— Don Diego,

Vuestras atenciones

Gravaré en mi pecho.

Diego.—Es un deber mio

No mas. Te presento,

Leonor, á Don Felix

De Monzon.

— ¡Qué veo!

Esclamó Fadrique,

Sorprendido, al verlo.

Leonor. —Servidora vuestra.

Felix. —Soy esclavo vuestro.

Diego. —Don Fadrique Espíndola,

A quien os presento,

Es futuro esposo

De ella, á quien aprecio.

Y al fijar los ojos

En el caballero

A quien señalaba

Con afán don Diego,

Esclamó don Felix

Entre sí: ¿No sueño?.....

¡Que miran mis ojos!.....

¡El es!.... mas callemos,

Que á mi honra le importa

Por ahora el silencio.

—Ya me ha conocido.

Murmuró en silencio

Don Fadrique Espíndola;

Mas disimulemos.

Y la mano dándole,

Con marcial sosiego,

Hablóle á don Felix

En aquestos términos.

”Ved en mi, don Felix,

Un amigo tierno,

Si en algo serviros

Por fortuna puedo.

—Gracias. Este el hombre

Es que á buscar vengo;

Dijo interiormente

Monzon con sosiego:

Este el que á mi hermana

Sedujo perverso.

Y luego en voz baja

Le dijo á él: “yo creo,

Don Pedro Mejia,

Que nos conocemos.”

Fadriq. ¡Callad!....

Felix. Si ; mas pronto

Arreglar pretendo

De honor una cuenta

Que á cobraros vengo.

Y dando la mano

Fadrique al momento,

Contestó lo mismo

Con rostro sereno.

“Pagaré, don Felix,

Como caballero.”

Felix. —Mañana, temprano.

Fadriq. A las ocho.

Felix. Bueno.

—Amigo don Felix,

Celebrar pretendo

La vuestra llegada,

Prorrumpió don Diego.

Leonor y Fadrique

Que se unan deseo

Mañana sin falta

Con un lazo eterno.

¿Quereis ser padrino

De tal himeneo?

—A cepto gustoso;

Pues me honro con serlo:
Respondió don Felix
Con rostro risueño.
Y á Fadrique Espíndola
Preguntóle luego,
En voz baja: ¿cuando
Quereis sea el duelo,
Antes ó despues
De vuestro himeneo?
—Despues, porque mia
Ver á Leonor quiero.
--Corriente—Corriente.
—A Dios—Hasta luego.

Llegó la noche terrible,
Como el porvenir oscura,
Y triste como el silencio
De las solitarias tumbas.
El viento en las viejas torres
Que se alzan gigantes, zumba,
Y en ellas se oye el graznido
Triste del ave nocturna.
El encendido relámpago
La atroz tempestad anuncia,
Y del cielo en los espacios,
El trueno fiero retumba.
Las nubes unas sobre otras
Con velocidad se cruzan,
Y en un punto se detienen,
Se condensan y se agrupan.
Al huracan se doblegan
Los tilos y hayas hercúleas,
Y arranca á la flor de cuajo

Que en su capullo se oculta.
Frente á una mesa sentado,
Un hombre en limpiar se ocupa
Una cortadora espada
De brillante empuñadura.
Él solo se halla en el cuarto,
Cuyos ámbitos alumbra
De una vela gruesa y larga
La opaca luz moribunda.
En la vidriera se azota
Con grande estruendo la lluvia,
Y el relámpago por ella
Penetra dando pavora.
—¡Que noche tan espantosa!
Dijo el hombre: ¡con que furia
Cae el agua y silba el viento
Que el silencio y calma turban!.....
En sus sombras cuántas veces,
Y sin cuidar de la lluvia,
Corriendo desatentado
En pos de mis aventuras,
He quitado, con mi acero,
La vida á persona alguna!....
¡Cuántas inocentes vírgenes,
Juzgando mi pasion pura,
Han quedado deshonradas
Para no reir ya nunca!....
¡Oh! que recuerdos tan tristes
Ahora por mi mente cruzan!...
No sé por qué el corazon
Que el pavor no sintió nunca,
Ahora tiembla á pesar mió

Con una opresion aguda.
No sé por que la conciencia
En este instante me acusa
De crímenes que jamas
Me han turbado en mis venturas.
Oigo una voz en el centro
Del corazon que me anuncia
Que mi último dia llega
De mis hazañas impuras.....
¡Mencia!.....!pobre Mencia!.....
En mi corazon aun dura
El resto de una pasion
Que bajar te hizo á la tumba....
Yo te abandoné y moriste
De vergüenza y de tristura,
Sin que haya de mi corrido
Lágrima de dolor una!.....
¡Y voy á cruzar mi espada
Mañana, lleno de furia,
Con tu hermano, porque airado
Vino de un traidor en busca!.....
¡Y tal vez al rudo golpe
De mi espada sin segunda,
Ecshale su último aliento
Y baje tras tí á la tumba!.....
¡Ah! si pudiera evitar
Que se efectuase esta lucha!.....
No: se reirian de mí:
Que uno de los dos sucumba.....
Mas esas negras fantasmas
Que se alzan ante mí y cruzan,
¿Que me quieren?....¿son las víctimas

Que vienen en mi hora última
A recordarme mis crímenes,
Y las que ante Dios me acusan?.....
¡Oh! pasad, recuerdos lúgubres....
Pasad, fantasmas cerúleas,
Y dejad que mi alma goce
La tranquilidad que busca....
Mas ¿quien menea la llave
Que se halla en la cerradura?.....
Dijo escuchando un ruido
Estraño que su alma turba,
Y dirijiendo los ojos
Acia do el ruido se escucha,
Con el cabello herizado
Y la frente en sudor húmeda.
No se, porqué á mi pesar
Todo esta noche me asusta:
Prosiguió, cuando el silencio
Siguió solo á su pregunta.
Mas volvió otra vez la llave
A oirse en la cerradura;
Y él volvió otra vez los ojos
Lleno de hórrida pavura,
Sin que osase respirar
Ni mover su planta inmundas.
—¿Quien llama? preguntó al fin
Con voz apagada y trémula,
Haciendo un terrible esfuerzo
Que toda su faz demuda.
Mas á sus breves palabras.
No contestó voz ninguna,
Sino el silbido del viento.

Y el golpe atroz de la lluvia.
—El aire fué quién la llave
A mover llegó sin duda:
Dijo; pero nuevo ruido
Oyendo en la cerradura,
Abrió la puerta diciendo,
¿Quién es quien me llama ó busca?
Mas tampoco contestó
Nadie á esta nueva pregunta,
Y sorprendido quedose
Sintiendo opresion aguda.
Un golpe dado en la mesa
Con imponderable furia,
Le hizo volver la cabeza
Acia la vela que alumbra;
Y redoblóse su espanto
Y su terrible amargura,
Al ver, vestida de negro,
A una jóven tierna y pura,
Que, lo mas, diez y ocho abriles
Que tiene su rostro anuncia.
Sentada está en una silla
Que con franqueza la ocupa,
En un papel escribiendo
Con indecible presura.
Sin respirar Don Fadrique
Y corriéndole una á una
Las gotas que su ancha frente
Frias y copiosas suda,
Mira atónito, espantado,
La misteriosa figura
Que sin alzar la cabeza

De posicion nunca muda.
—¡Gran Dios! exclamó por fin
Al ver, á la luz que alumbra,
Por un momento la faz
De la fantasma nocturna.
¡Mencia!.... ¡Es Mencia!... Cielos!
Y no bien esto pronuncia,
Cuando la vision, el rostro
Acia él volvió con dulzura.
Fijó despues en Fadrique,
Que en frio sudor se inunda,
La vision los grandes ojos
Que cual estrellas relumbran;
Y mostrándole el papel
Que escribiera con presura,
Despareció de la estancia
Sin abrir puerta ninguna,
Como espíritu divino
Que toma humana figura.
Quedó Fadrique suspenso,
Sin vigor, sin fuerza alguna,
Sin atreverse á mover
La planta débil y trémula,
Hasta que pasado un rato,
Y avergonzado sin duda
Del temor que le infundiera
Aquella negra figura,
Se adelantó ácia la mesa
Do estaba el papel y pluma.
Y al fin cogiendo el primero,
Aunque no con calma mucha,
Con sorpresa el contenido

Leyó así, con voz profunda.
"Aun os concede el Eterno,
"Fadrique, por la vez última,
"Que arrepentido busqueis
"El perdon de vuestras culpas.
"Ese duelo de mañana,
"A que vais con ciega furia,
"Suspendedlo, Don Fadrique,
"Por vuestra dicha futura.
"Satisfaced á mi hermano
"Con palabras de dulzura,
"Y dejad libre á Leonor
"A quien vais á abrir la tumba.
"Mas si no atendeis, Fadrique,
"A lo que el papel anuncia,
"Y al duelo marchais airado,
"Perecereis en la lucha;
"Y el infierno y fuego eterno
"Será el premio á vuestras culpas.
„Aprovechad los instantes:
"Dios esto por mí os anuncia."
Quedó Fadrique mirando,
Acabada la lectura,
Un largo rato el papel,
Mas sorprendido que nunca.
—¡Fué un espíritu divino
El que de un malvado en busca
Vino, para libertarle
De ir á las llamas profundas!.....
¡Dios mio!..... cuanta bondad!.....
Mi lengua se encuentra muda
Para alabar este rasgo

De tu piedad y dulzura!.....
¡Ah! siento en mi corazon
Una delicia profunda,
Superior á los deleites
Que gocé en la tierra impura.
¡Dios ha tocado mi alma!.....
Dios ahora mi mente alumbra,
Y me hace ver el abismo
A do corrí en mi locura.....
¡Dios mio!..... ¡Padre amoroso!.....
Desde hoy mi pecho renuncia
A los placeres del suelo,
Para ir de tu gloria en busca.
En un santo monasterio,
Penitencia haciendo mucha,
Servir será mi consuelo
Al que hoy perdonó mis culpas.

~~~~~  
En la sala ya reunidos  
Leonor, Felix y Don Diego  
Están: este sin sosiego,  
Y aquella con gran dolor:  
El padre, porque Fadrique  
En llegar mucho se tarda,  
Y la hija porque aguarda  
El sacrificio mayor.

Indiferente el ministro  
Del altar, está sentado  
De la sala en otro lado,  
Sin ver á nadie ni hablar;



Y Felix que ve á la hermosa  
En un continuo desvelo,  
Quiere prestarla consuelo  
Y sus penas aliviar.

—¿Qué le habrá á Fadrique Espíndola  
Eterno Dios sucedido?  
Dijo Don Diego abatido  
Sin poderse reprimir.  
Y en esto la puerta abrióse,  
Y entró Fadrique por ella,  
A cuya vista la bella  
Sintióse casi morir.

—Señores, dijo Fadrique  
Con la voz descoucertada,  
Y la faz desencajada  
Aun de la noche anterior:  
Suspended la ceremonia  
Que pedí con tanto anhelo:  
Esta union la impide el cielo,  
Porque ofende al Criador.”

Quedáronse sorprendidos  
Todos oyendo tal cosa,  
De placer Leonor la hermosa,  
Y Don Diego de furor.  
Y notando, Don Fadrique,  
La mutacion repentina  
De Diego y su hija divina,  
Prosiguió así con ardor.

De lo dicho no varío

Aunque me cueste la vida:  
Es ya cosa decidida  
Y en la que obedezco á Dios;  
Y acercándose al oido  
Del ofendido Don Diego,  
Hablóle algo; y en sosiego  
Se quedaron ya los dos.

—Sí es así, señor Fadrique,  
Dijo Don Diego en voz alta,  
Cumplid con Dios, que gran falta  
A él fuera no obedecer.  
Y volviéndose á Don Felix,  
Al sacerdote y su hija,  
Añadió: nadie se aflija;  
Cumple con un fiel deber.

Y Espíndola de la sala  
Salió en el mismo momento,  
Y marchó en su seguimiento  
Al punto Felix Monzon;  
Y alcanzándole en el campo,  
Díjole que le siguiese  
Al sitio donde midiese  
Su espada y su corazon.

—Os seguiré: contestóle  
Don Fadrique, porque quiero  
Satisfacer, caballero,  
Vuestra justa indignacion;  
Y sin hablar mas palabras  
En un bosque se internaron,



Y allí quietos se quedaron  
Como valientes que son.

—Sacad la espada, Fadrique,  
Dijo Don Felix, que quiero  
Ver si moveis el acero  
Como la lengua moveis:  
Sacadla, que vuestra sangre  
Derramarla necesito,  
Para el ultraje infinito  
Vengar que en mi alcurnia veis.

—Don Felix, no vuestra sangre  
A verter ahora he venido,  
Sino á pedir os rendido  
Que mi ofensa perdoneis.  
No es el temor á la muerte  
El que la lucha repulsa,  
Sino un deber que me impulsa  
A humillarme cual me veis.

—Digna es de vos ciertamente  
Tan villana cobardía.

—Don Felix, de mi hidalguía  
Nadie duda y de mi honor.

—¿Pues por qué tan humillado?....

—Leed esta carta al momento;  
Y no dudeis de mi aliento  
Ni de mi esfuerzo y valor.

Leyó don Felix la carta  
Lleno de ansiedad y prisa,  
Y con insultante risa

Dijo despues de leer.  
Este papel vos sin duda  
Lo habeis escrito, malvado,  
Temiendo lidiar osado  
Con quien os ha de vencer.

—¡Don Felix!.... dijo con rabia,  
Fadrique, mal reprimida.

—Pues reñid por vuestra vida,  
Que en milagros no he de creer.

—¿Luego pensais que yo miento  
Y que esto es una impostura?

—Tal creo.—La lengua impura  
No volvereis á mover.

Y cruzando furibundos  
Ambos los limpios aceros,  
Se lanzaron uno á otro  
De rabia implacable ciegos.  
Con igual destreza luchan  
Los dos, sin perder terreno,  
Ora parando los golpes,  
Ora desviando el cuerpo,  
Ora amagando á la cara,  
Ora dirijiendo al pecho  
Golpes terribles y muchos  
Sin descansar un momento.  
Mas á pesar que don Felix  
Combate con noble esfuerzo,  
Don Fadrique le supera  
De la espada en el manejo.  
Así lidiando tenaces



Largo rato se estuvieron;  
Y ya iba á dar fin la lucha  
Con la muerte de uno de ellos,  
Cuando una luz refulgente  
Bajada del alto cielo  
Que aquel duelo presenciaba,  
Cayendo de ambos en medio,  
Hizo suspender los brazos  
Cegándoles un momento.  
Y cuando ya recobrados,  
A abrir los ojos volvieron,  
En los aires suspendida  
A Mencía descubrieron,  
Rodeada de blancas nubes  
Y con el rostro risueño.  
—Mencía!....—Hermana.....esclamaron  
Felix y Fadrique á un tiempo,  
Y ambos de las fuertes diestras  
Dejan caer los aceros.....  
Fernando que tras Fadrique  
Llegaba en aquel momento,  
Deseando lavar la honra  
Que manchó Espíndola un tiempo,  
Detuvo el paso admirado  
Al mirar aquel portento;  
Y ocultado entre los árboles,  
Se arrodilló sobre el suelo,  
Junto á los dos combatientes,  
Sin ser él visto de ellos.  
—El Eterno, hermano mio,  
“Maldice este horrible duelo;”  
Dijo la vision celeste.

Con dulce armonioso acento.  
“Olvidad ya las ofensas:  
“Que es la voluntad del cielo  
“Que don Fadrique sus culpas  
“Las borre en un monasterio.”  
Y sin decir mas palabras,  
Radiante de luz, al cielo,  
Mirando á los dos mortales,  
Fué levemente subiendo.  
Quedó todo por un rato  
En el mas mudo silencio,  
Y aun plegó sus bellas alas,  
Para no hacer ruido, el céfiro.  
Pararon su curso rápido  
Los lípidos arroyuelos,  
Y en los árboles las aves  
Cesaron en sus gorjéos.  
Y mientras que don Fernando  
Y don Felix, en el cielo  
Fijos los ojos tenian  
Un dulce placer sintiendo,  
Don Fadrique, conmovido,  
Inclinó la frente al suelo,  
Y quedó la humilde tierra  
Besando con gran respeto.  
—Lidiar ya con él seria  
No obedecer al Eterno,  
Dijo, para si, Fernando;  
Yo su voluntad venero,  
Y no quiero se malogre  
Su santo arrepentimiento.  
Y saliendo de los árboles,



Sin ser notado, en silencio,  
Se alejó del sitio aquel,  
Alavando al Ser Supremo,  
Que tanto hace por los hombres  
Que le ofenden sin respeto.  
—Don Fadrique, yo os perdono  
Cual os perdona el Eterno.  
Dijo Felix cuando todo  
Quedó en el mayor silencio.  
Quedad con Dios y salvaos:  
Yo su mandato obedezco,  
Y me retiro admirado  
De su amor tan manifiesto.  
Y dejando á don Fadrique  
Besando el humilde suelo,  
Se alejó de aquel lugar  
De su sorpresa aun no vuelto.

---

### CONCLUSION.

En cuanto Fernando supo  
Que Fadrique renunciaba  
A la muger que él amaba  
Con inestinguible ardor,  
Corrió a casa de don Diego,  
A pedirle, humildemente,  
Que le cediera clemente  
La mano de su Leonor.

Sorprendiose el buen anciano  
Viendo á Fernando, á quien muerto

Juzgaba, como por cierto  
Hasta aquel dia pasó:  
Pero al cabo, enternecido,  
Viendo á su hija y á Fernando  
A sus plantas suplicando,  
En unirlos consintió.

Y ambos vivieron felices  
Llenos de dicha y contento;  
E Isabel entró á un convento  
Donde cual santa vivió;  
Y Fadrique, en aquel sitio  
Donde apareció Mencía,  
Con afan y con fé pia  
Una ermita construyó.

Y en ella, siendo el ejemplo  
De virtud y de clemencia,  
En continua penitencia—  
Vivió y en santa oracion;  
Hasta que el Dios de los cielos,  
Al ver que ya sus pecados  
Estaban todos purgados,  
Lo llamó ácia su mansion.



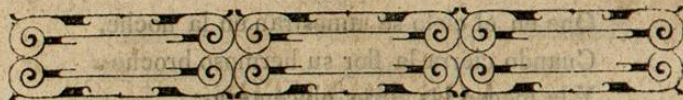


## LOS SONETOS.

### SONETO.

¿De qué sirve sufrir y estar mohino  
Buscando consonantes que á uno abrumen,  
Y dar cada seis meses un volumen  
Do el autor muestre su sapiencia y tino?  
Solo de acreditar que es un pollino:  
Pues los que su existencia la consúmen  
En escribir, hoy pasan, en resúmen,  
Por poetas de gusto poco fino.

Pues ya solo es tenido por discreto,  
Y de sábio á adquirir llega renombre,  
El que escribe cada año algun soneto  
Cuyo prosaico estilo al mundo asombre.  
Por eso yo este escribo; y me prometo  
Con él solo inmortal hacer mi nombre.



### LA EXISTENCIA DE DIOS.



¡Oh Señor Nuestro, y como vuestro nombre  
Es por sus maravillas admirable,  
Ilustre y memorable  
En la estendida habitacion del hombre!  
„Juan de Jáuregui.”

¡Cuán grande es tu poder, Ser Increado,  
Fuente de dichas, de venturas centro!  
Pues donde quier que miro, allí te encuentro  
De gloria y de belleza circundado.

¿Quién te podrá negar sino el impío  
Que teme tu poder, temor que muestra  
Que existes, Gran Señor, y que en tu diestra  
Tienes el mundo todo á tu albedrío?

Esos celestes astros que radiantes  
Los inmensos espacios iluminan,  
Y nunca su carrera la terminan  
Recorriendo la esfera de diamantes:

Esos mil soles, plácidas lumbreras